

NATHAN PERL-ROSENTHAL

LA ERA
DE LAS REVOLUCIONES

Historia de dos generaciones

Traducción de
DAVID LEÓN GÓMEZ

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

INTRODUCCIÓN

La larga vida de John Adams empezó en un mundo y acabó en otro. El año de su nacimiento, 1737, la mayor parte de Europa y una porción nada desdeñable del continente americano estaban gobernadas por un puñado de reyes. Adams se crio en un mundo de imperios erigidos con arreglo a jerarquías sociopolíticas que separaban a los dirigentes de sus súbditos. En 1826, año de su muerte, este antiguo régimen se había visto barrido en gran medida por las revoluciones que se habían producido a uno y otro lado del Atlántico: la estadounidense, la francesa y la haitiana; los movimientos de independencia de Hispanoamérica; y todo un rosario de alzamientos de menor calado. En el mundo que engendraron, florecieron las repúblicas y los derechos individuales, aunque no necesariamente la igualdad. Pese a que variaban en su alcance y sus objetivos, quienes vivieron aquella época percibían una clara unidad en su diversidad: Thomas Paine, escritor y legislador, hablaba en nombre de muchos cuando consideró que el período constituía una sola «era de las revoluciones».¹

Las revoluciones que la conformaron tuvieron tanto luces como sombras. Hicieron trizas los imperios que habían abarcado todo el Atlántico, lo que dio origen a docenas de Estados nuevos; pero fue, en parte, mediante una sucesión de guerras destructivas. Francia, Norteamérica, España y una porción nada desdeñable de la Europa occidental vieron

caer reyes, cuando menos de forma temporal, e instaurarse en su lugar regímenes republicanos. Gobiernos basados en la soberanía del pueblo que concedieron a la plebe una voz que hasta entonces no poseía en el ámbito de la política. Sin embargo, la mayoría negó la plena ciudadanía a las mujeres y los habitantes no blancos. No faltaron casos en los que los dirigentes de las naciones recién formadas se sirvieron de las elecciones para obtener y retener poderes dictatoriales. Y, si bien hubo revolucionarios que plantaron cara a la institución de la esclavitud, esta se perpetuó y aun creció en muchas jurisdicciones.

Las vidas de los protagonistas de estas revoluciones quedaron documentadas en todo un archipiélago de papel extendido por tres continentes. Sirva el ejemplo de Louis-Augustin Bosc, nacido en Francia cuando Adams contaba veintidós años. Sus cartas y sus diarios, conservados en dos bibliotecas parisinas de techos altos, revelan la historia de una profunda amistad con los cabecillas de la Revolución francesa y de las décadas que tuvo que pasar luchando para salir adelante después de que los asesinaran en los tiempos del Terror. O el caso de María Rivadeneyra, priora de linaje acomodado de un convento peruano. Su historia está recogida en voluminosos legajos que se guardan en el Archivo General de Indias de España y en delgados expedientes que pueden consultarse en los archivos de Cuzco. En 1780, mientras Adams viajaba por Europa en calidad de emisario del Estados Unidos revolucionario, la madre María sopesaba la conveniencia de apoyar una rebelión multitudinaria encabezada por indígenas. Tres décadas después, su sobrino participó en algunos de los primeros movimientos que condujeron a la independencia hispanoamericana. Una caja de documentos mercantiles de esmerada organización contenida en cierta colección familiar de un archivo de Filadelfia es lo único que ha llegado a nosotros de Marie Bunel, próspera comerciante del antiguo régimen nacida en la

esclavitud en la colonia insular francesa de Saint-Domingue y confidente de Toussaint Louverture, el egregio dirigente de la Revolución haitiana.

En torno a la transformación del mundo político que propiciaron estos y otros revolucionarios gira el presente libro, la primera historia de la era de las revoluciones que abarca todo el período que va de la década de 1760 a la de 1820 a uno y otro lado del océano Atlántico. Por más que no hay estudio historiográfico que pueda decirse exhaustivo, es mi intención entender dicha etapa como un todo, tanto en lo geográfico como en lo cronológico. Este fue el reto que lanzaron hace más de sesenta años dos grandes historiadores del período: R. R. Palmer y Eric Hobsbawm, quienes hicieron patente que, para entender el papel que representó esta etapa en procesos históricos más amplios, desde el auge de la democracia hasta el surgimiento del capitalismo, se hacía necesario observar más allá de una sola revolución. Con todo, sus libros, aunque fundacionales, no pueden considerarse definitivos, pues, desde la publicación, en 1964, del segundo volumen de Palmer, se ha acumulado una cantidad ingente de información nueva, sobre todo en lo concerniente al pueblo llano y la cultura revolucionaria. Además, ambos autores relegaron dos regiones, el Caribe e Hispanoamérica, que desempeñaron una función decisiva en cómo se desarrolló la era revolucionaria. En estas páginas, sigo la senda que trazaron Palmer y Hobsbawm pero que ellos mismos no llegaron a recorrer: una historia que atraviesa los sesenta años de aquel período sin dejar atrás ninguna de las orillas del Atlántico ni de las clases sociales que las habitaban.²

En el centro de la relación que aquí presento se halla la intención de mostrar cómo se organizaron y movilizaron políticamente los revolucionarios. Las causas de las revoluciones políticas son muchas: ideas nuevas, tensiones sociopolíticas, cabecillas dispuestos a hacerse con las riendas...; pero lo que

hace que se produzcan, en el sentido más inmediato, no es sino la organización y la movilización políticas. Quienes las protagonizan se organizan mediante la creación de conexiones mutuas y de los medios, informales o institucionales, que les permitan colaborar en pro de fines comunes. La movilización supone ganar para su causa a un segmento significativo de la población, paso esencial para que se produzcan cambios de relieve y duraderos en un sistema político. Mi teoría es que en la era de las revoluciones atlánticas hicieron falta dos generaciones para que emergieran movimientos políticos multitudinarios duraderos. La primera de ellas, que dominó las revoluciones previas a 1800, fracasó en gran medida a la hora de engendrar tales movimientos, mientras que la segunda, surgida a principios del siglo XIX, fue la que lo logró. El lento desarrollo de la política de masas a lo largo de dos generaciones tuvo hondas consecuencias, pues dio forma a cada una de las revoluciones del período y dejó su huella en las culturas e instituciones políticas a las que dio a luz aquella era.³

Durante las tres primeras décadas de tumultos en el mundo atlántico, entre 1765 y 1799, aproximadamente, los patriotas se afanaron en organizar movimientos políticos que pudiesen aunar clases sociales y grupos raciales. Las revoluciones de este tiempo comenzaron en Norteamérica, donde las colonias británicas se alzaron contra los impuestos y las reformas imperiales, y en la Sudamérica española, donde las rebeliones armadas enfrentaron a colonos, indígenas y Gobierno imperial. Las siguió, en la década de 1780, cierto número de revueltas menores en las Provincias Unidas de los Países Bajos, la Confederación Suiza y Bélgica (en aquel momento parte del Imperio de los Habsburgo). En 1789, el reino de Francia estalló en una revolución destinada a convertir en una república al país más poderoso del continente en menos de cuatro años. En 1791, las gentes esclavizadas de Saint-Domingue, destacada colonia caribeña de Francia, dieron principio a una batalla re-

volucionaria por la emancipación que duraría dos lustros.* Después de 1795, los ejércitos franceses provocaron el derrocamiento de los Gobiernos de los Países Bajos, Suiza y partes de Italia y Alemania. La propia Francia experimentó a mediados de la década de 1790 nuevos cambios políticos que culminaron en 1799 con la toma de poder de Napoleón Bonaparte.

La cosmovisión de quienes participaron en esta primera oleada de revoluciones debía su forma al mundo jerarquizado de los imperios atlánticos de mediados del siglo XVIII en que se formaron. Una cosmovisión, o un *habitus*, por usar la terminología del sociólogo Pierre Bourdieu, es una matriz o conjunto de principios mentales que nos permite movernos por el mundo. El *habitus* de cada uno se crea en las primeras etapas de su vida a partir del tipo de sociedad en la que se desarrolla. Sus primeras experiencias se transforman en una plantilla interior, un conjunto de expectativas sobre cómo funciona el mundo, que influye en el comportamiento posterior del individuo. Todos los integrantes de la primera generación revolucionaria, desde el súbdito esclavizado hasta el príncipe, se habían criado en un mundo en el que la condición que poseían en la sociedad, inamovible en gran medida, constituía un «hecho social» ineludible, una realidad vivida que permeaba todo su entorno. Su edad más temprana los había enseñado a convivir con la jerarquía, a estar, hablar y actuar de un modo tal que resguardase su condición sin dejar por ello de aprovechar cualquier ventaja que pudieran obtener. Las estructuras y la estratificación sociales no eran las mismas en todo el mundo atlántico, desde luego; pero las variaciones que se daban consistían en diferencias de grado, no de especie. Aun en regiones

* El autor, siguiendo la tendencia actual que propugna el uso de una denominación que subraye la condición impuesta y no natural de la esclavitud, emplea *enslaved people* («esclavizados» o «gentes esclavizadas») con preferencia a *slaves* («esclavos»). (*N. del t.*)

con tradiciones igualitarias sólidas, la jerarquía sociopolítica era un hecho vital.⁴

Los reflejos jerárquicos de estos revolucionarios de la primera generación, que actuaban como barrera entre clases y grupos raciales, les complicaron la labor de formar movimientos políticos que pudieran sostenerse. El problema se hizo ya evidente durante las crisis políticas de la Norteamérica británica y el Perú español con que se inauguró la era de las revoluciones. El movimiento patriótico norteamericano se vio dividido en dos alas: una constituida por la minoría selecta y otra por la clase obrera. Ambas excluían en gran medida a los americanos negros y adoptaron estrategias diferentes de resistencia al Gobierno británico. Desgarrado por divisiones internas, el movimiento estuvo en numerosas ocasiones debatiéndose al borde del colapso entre 1765 y 1775, y lo cierto es que la mayoría de sus victorias se debió a los pasos en falso que daba el Gobierno imperial. De hecho, la política de Estados Unidos siguió estando muy ligada a la posición social después de que las colonias declarasen su independencia en 1776. No fueron muy distintas las divisiones que debilitaron el movimiento revolucionario del Perú español. La poderosa revuelta indígena de 1780 se vio aplastada por el Gobierno con la ayuda de colonos que habían visto la luz en América. A esto siguió un conflicto prolongado por el dominio administrativo de la región entre las autoridades imperiales y dichos colonos que acabó con la derrota de estos.

Los revolucionarios europeos de la década de 1780 y principios de la de 1790 tuvieron más problemas aún a la hora de unir a poblaciones con cosmovisiones divergentes. El desmoronamiento, en 1787, de un movimiento patriótico que había comenzado con gran fuerza en los Países Bajos se produjo en gran medida por la falta de acuerdo sobre cómo debían colaborar la clase alta y la trabajadora que lo conformaban. La Revolución francesa de 1789 tuvo mayor éxito y una repercusión

más amplia y, sin embargo, su centro, en París, no llegó a librarse nunca de una notable inestabilidad: entre dicho año y 1799 conoció media docena de regímenes y sufrió repetidas purgas sangrientas entre sus dirigentes. Aunque fueron muchas las causas de esta falta de constancia, el meollo de la cuestión se hallaba en los radicalmente distintos enfoques organizativos y las ideas sobre quién debía gobernar que poseían los patriotas de las minorías selectas y la clase obrera. Este patrón de nocivas divisiones intestinas se repitió, con variaciones, en los muchos Estados satélites que creó la Francia revolucionaria tras 1794, las llamadas «repúblicas hermanas».

Saint-Domingue, donde en 1791 estalló la primera revolución antiesclavista moderna, experimentó otra variante de este patrón inicial. La isla se hallaba más fracturada por estructuras de dominación que cualquier otro lugar del mundo atlántico. Se trataba de una sociedad esclava gobernada por una población poco numerosa de gentes libres que mantenían en permanente estado de servidumbre al 90% de los habitantes de la isla. Dentro de estas dos categorías se daba una cantidad considerable de sutiles gradaciones que incluían diferencias mayores entre los terratenientes acaudalados y otros blancos, así como una población considerable de gentes libres de color que ocupaban un espacio intermedio entre los ciudadanos libres y los esclavizados. La revolución tomó forma en torno a estas complejas divisiones y en su interior. La revuelta inicial de los esclavizados se había visto precedida por otra rebelión fallida encabezada por isleños libres de color adinerados. Una vez empezada la revolución, muchos de los grupos de casta y de clase desarrollaron sus propias fuerzas militares y trataron de defender sus prerrogativas frente al resto, y, cuando empezaron a desarrollarse colaboraciones entre estos colectivos, lo hacían siempre bajo la sombra de la sospecha.

Llegado 1799, la incapacidad de los patriotas para sostener movilizaciones políticas a gran escala había dejado tam-

baleantes a ojos vista a muchas de las revoluciones. El Gobierno republicano de Francia, junto con los de muchos de sus Estados hermanos, se hallaba al borde del colapso; los antiguos esclavizados se habían hecho con las riendas de Saint-Domingue, pero su libertad seguía estando seriamente amenazada; Hispanoamérica volvía a encontrarse bajo el yugo de su Gobierno imperial, y aun Estados Unidos, que contaba con un Gobierno republicano relativamente estable, adolecía de una amarga fragmentación interna y corría el riesgo de verse arrastrada a guerras que no podía ganar. La suerte de aquella primera ola de revoluciones parecía muy incierta. Sus promesas variadas, entre las que se incluían la independencia, un Gobierno republicano, autonomía local y una gran igualdad social, no llegaron a satisfacerse de forma plena en ninguna parte.

Esta primera serie de revoluciones, no obstante, logró alterar las estructuras sociales, económicas y políticas de los imperios atlánticos del siglo XVIII. Los resueltos cambios políticos erosionaron parte de los cimientos del antiguo régimen, incluidas las monarquías, los privilegios legales y una serie de cuerpos aristocráticos dirigentes. No menos importancia tuvieron los efectos indirectos de aquella transformación y, en particular, el caos provocado por las guerras a las que dieron pie las revoluciones, conflictos bélicos que arrastraron a decenas de miles de personas a un torbellino de destrucción. Se ganaron y se perdieron fortunas, lo que infundió una notable movilidad —tanto en ascenso como en descenso— a las sociedades atlánticas.

La crisis que afectó a finales de dicho siglo a todas ellas fue la incubadora en la que vio la luz, creció y llegó a la madurez la segunda generación revolucionaria. Quienes vinieron al mundo después de 1760 en la mayoría de las regiones del mundo atlántico conocieron de primera mano las perturbaciones que causaban las revoluciones. Napoleón Bonaparte, nacido en

1769, constituye un buen ejemplo, pues apenas era un crío durante la Revolución estadounidense y contaba solo veinte años cuando cayó la Bastilla. El hecho de crecer en un mundo que había echado a rodar, un mundo caótico, fascinante y aterrador, hizo que la cosmovisión de estos jóvenes revolucionarios adoptase una forma muy diferente de la de sus mayores. Los integrantes de esta segunda generación daban por sentado que la condición social no era un elemento fijo, sino mudable (aunque, como es natural, se daban excepciones en uno y otro sentido: los cambios generacionales siempre se producen a lo largo de un espectro de cierta amplitud).⁵

Cuando alcanzaron la madurez, en torno a 1800, los componentes de esta generación se convirtieron en motor de un cambio cultural de consideración. En aquella época proliferaron teatros, salones de baile y otros espacios públicos en los que coincidían miembros de distintas clases y castas en pie de relativa igualdad. Caballeros de lugares tan distintos como Washington D. C. o Cuzco empezaron a socializar con cierto grado de llaneza con gentes de a pie. Los jóvenes que pertenecían a las clases privilegiadas también aceptaban mucho más que sus padres la existencia de una marcada movilidad social. En la práctica, estos cambios se vieron acompañados por un imaginario social diferente. Los dramaturgos y los artistas visuales dieron con auditorios receptivos ante personajes que cruzaban los confines de casta y clase. En ambas orillas del Atlántico florecieron los movimientos religiosos, cristianos y también judíos, que replanteaban el éxito espiritual para ponerlo al alcance de todos los creyentes y no solo de una escasa minoría selecta.

Estos jóvenes devinieron en protagonistas de una segunda oleada de revoluciones que incluía tanto la prolongación de movimientos revolucionarios anteriores como la extensión de la agitación política a ámbitos nuevos. En 1804, Haití declaró su independencia y consolidó un Gobierno nacional. En 1808,

siendo ya emperador Napoleón Bonaparte, Francia invadió España y derrocó de hecho a la monarquía española. Esto desencadenó en Hispanoamérica una crisis política que duraría más de dos décadas. Sus habitantes crearon formas innovadoras de Gobierno, se hicieron con el dominio del poder estatal y declararon su independencia. Entre 1806 y 1814, las armas y la diplomacia francesas provocaron en toda Europa cambios políticos de gran envergadura que se verificaron nada menos que hasta Polonia. La restauración de la monarquía francesa en 1815 tras la caída de Napoleón dio paso al regreso de numerosos Gobiernos regios en dicho continente, aunque difícilmente puede hablarse de una vuelta al antiguo régimen. En América, los Estados independientes del hemisferio siguieron cambiando con rapidez, lo que incluyó ampliaciones radicales del sufragio, huelgas contra la esclavitud y la creación de nuevas instituciones políticas. Estas transformaciones culminaron a principios de la década de 1820, cuando logró independizarse casi toda Hispanoamérica.

Habitados a compartir espacios socioculturales desde la infancia, los revolucionarios de la minoría selecta y la clase obrera posteriores a 1800 se sentían mucho más cómodos que sus predecesores participando en movimientos políticos en los que se mezclaban los estratos sociales. Si los patriotas de clase alta de 1780 habían considerado deshonroso o poco respetable asociarse de forma demasiado estrecha con patriotas proletarios, semejante estigma había menguado considerablemente en 1820. La aceptación de la movilidad social hizo posible que los activistas de las capas más bajas alcanzaran puestos de autoridad y las minorías selectas los apoyasen. Los cabecillas de humilde cuna se hicieron más numerosos y destacados tras 1800. Dicha movilidad también obligó a lo más granado de la sociedad a prestar atención a las exigencias de «los de abajo». Los dirigentes patricios, conscientes de que la posición que ocupaban no era inmutable, adoptaron medidas resueltas para

gestionar sus coaliciones. Todo ello ayudó a fomentar movilizaciones políticas mucho más duraderas, en general, y abarcadoras que las de finales del siglo XVIII.

Estas movilizaciones a gran escala y sostenidas en el tiempo podían, como un arado moderno, roturar a más profundidad la tierra política. Las que se dieron con posterioridad a 1800 podían lograr cambios que no habían sido posibles con anterioridad, cosa sobradamente visible en las formas nuevas, más perdurables, de vida política que emergieron. En Estados Unidos se afianzaron los partidos y tanto Saint-Domingue como la Europa occidental obtuvieron sus primeros regímenes políticos estables desde 1789. En Hispanoamérica, donde la revolución se había visto frustrada con anterioridad, brotaron tras 1808 nuevas unidades políticas a una velocidad sin precedentes. Estos regímenes inéditos lograron introducir reformas políticas de gran alcance, incluidas algunas que habían fracasado antes, como la ampliación del sufragio, mejoras en la Administración y el derecho y la abolición o limitación de la esclavitud.

La poderosa movilización política que se produjo tras 1800 tomó rumbos diversos. Es lo que da a entender Alexis de Tocqueville, el gran observador y teórico político francés decimonónico, en cierto pasaje de *De la democracia en América* en el que presenta dos maneras en que podía reflejarse en política la «igualdad»: «deben concederse los derechos a todos los ciudadanos o no concedérselos a ninguno». Las gentes «deben elegir [...] entre la soberanía del pueblo y el poder absoluto de un rey». Tocqueville simplificaba en exceso la situación al hablar solo de dos opciones, pues, en la práctica, no hubo Estado revolucionario que no optara por otorgar derechos a algunos y no a otros. Con todo, su intuición de que la política de masas construida sobre ideas igualitarias podía tomar diversas direcciones da en el clavo. La movilización de multitudes podía desembocar en una disposición democrática en la que todo el

mundo estuviera dotado de un trocito de la soberanía... o servir de sostén a la tiranía y la autocracia.⁶

Durante el primer cuarto de siglo del siglo XIX, muchos de los movimientos revolucionarios del mundo atlántico tomaron derroteros antiliberales. En la región se desarrollaron monarquías e imperios nuevos, primero en Francia, con Napoleón, y luego en el resto de Europa. Tales monarquías, aunque conservadoras en la forma, poseían sus propios proyectos revolucionarios. La neerlandesa, por ejemplo, creada entre 1814 y 1815, modernizó el sistema político y el económico de su territorio. En Saint-Domingue, Estados Unidos e Hispanoamérica, los movimientos políticos impulsaron la igualdad para la mayoría a expensas de las minorías. Las gentes esclavizadas, las personas de color libres y los pueblos nativos se vieron expulsados del círculo venturoso del Estado para que en su interior pudiese reinar la igualdad. Los avances que se habían alcanzado en lo relativo a los derechos de la mujer dieron marcha atrás en una serie de territorios, lo que en algunos de ellos supuso la pérdida de la facultad de votar y de divorciarse que se había adquirido. Los movimientos multitudinarios emprendidos tras 1800, en resumidas cuentas, hicieron realidad algunos de los sueños más grandiosos del primer período revolucionario, pero solo mediante el sacrificio de otros, que se vieron abandonados o traicionados.

A la hora de relatar la historia de seis décadas de revoluciones atlánticas, he adoptado una estructura que presta atención de forma secuencial a las diversas regiones, acontecimientos y grupos de agentes revolucionarios. El libro comienza en el período prerrevolucionario y avanza por la década de 1820 mientras recorre el mundo atlántico. En cada capítulo, he tenido que decidir en qué revolución centrarme, cuáles de sus episodios abarcar con más detenimiento y a qué protagonistas debía conceder un lugar destacado. Estas decisiones se basan

en un criterio personal sobre qué momentos son más necesarios e ilustradores para entender la era revolucionaria. Algunos no provocarán sorpresa alguna. Así, en las páginas que siguen se abordan de forma extensa las revoluciones estadounidense, francesa, haitiana e hispanoamericanas. En cambio, otras elecciones, como la atención que les presto al movimiento republicano genovés, al jásidismo y al protestantismo o a las revoluciones monárquicas posteriores a 1800, pueden resultar inesperadas. Estos movimientos arrojan luz sobre fenómenos de más envergadura y ofrecen «casos extremos» que revelan los límites exteriores de procesos revolucionarios generalizados.⁷

Los capítulos siguientes, aun cuando se trasladan de un lugar a otro, mantienen con firmeza su enfoque en cómo organizaron los revolucionarios diversos movimientos políticos, sobre todo cuando se traspasaron divisorias de clase y de casta. Esto exige prestar especial atención a los mecanismos de configuración política mientras se relegan a un segundo plano otros elementos de la política revolucionaria. En el caso de la Revolución francesa, por ejemplo, he dedicado más tiempo desentrañando cómo se congregaron las multitudes insurrectas y cómo colaboraron con sociedades políticas dirigidas por patricios —o se enfrentaron a ellas— que exponiendo los entresijos de los textos constitucionales o las estrategias fiscales del Estado francés revolucionario. En general, las Constituciones y su elaboración, que en la mayoría de los casos fueron consecuencia, más que causa, de la organización política, quedan en un lugar más discreto; y, si bien la guerra constituye un elemento importante de esta historia, apenas vislumbraremos muy de lejos los detalles de grandes estrategias y batallas individuales.

Tampoco faltan limitaciones al alcance geográfico del libro, que abarca Norteamérica, el Caribe, Sudamérica y Europa. No aborda en profundidad ni África ni la América indíge-

na, la extensa porción del continente que permaneció, en efecto, gobernada por la población nativa. En los últimos años se han publicado excelentes estudios que ponen de manifiesto la condición peculiar del desarrollo político y cultural que experimentaron estas regiones durante el período que nos ocupa. No pueden ni deben incluirse sin más en el marco de las revoluciones atlánticas, surgido de los imperios y las naciones europeos y euroamericanos. Del mismo modo, el presente volumen aprende de los nuevos estudios sobre la era de las revoluciones en el Pacífico y el Índico y los complementa sin pretender incluirlos.⁸

En todo el libro combino tres metodologías diferentes que han desarrollado los historiadores a la hora de analizar cosmovisiones y prácticas del pasado. Uno de estos enfoques es el biográfico. He elegido a un grupo reducido de individuos cuyo mundo y vida política estudio con detalle. A cuatro de ellos —John Adams, Louis-Augustin Bosc, Marie Bunel y María Rivadeneyra— los he presentado ya. John Quincy Adams, el hijo de John Adams; Eudora Roland, hija de unos amigos de Bosc, y Joseph Bunel, esposo de Marie, reciben una atención algo menor. Estas siete vidas, que no resultan representativas en un sentido estricto, permiten, sin embargo, hacerse una idea de la política de la era revolucionaria desde el punto de vista del amplio sector central del espectro social. He elegido a individuos que habitaron regiones diferentes y estratos sociales también distintos en cierto sentido. Entre ellos se incluyen tres mujeres y cuatro hombres, dos norteamericanos, dos que vieron la luz en el Caribe o Sudamérica y tres nacidos en Europa. Varios de ellos eran gentes de color o compartían lazos estrechos con comunidades de color. Esta diversidad los convierte en buenos puntos de partida para introducirse en rincones diferentes del mundo revolucionario habitado por personas de raza, etnia, sexo y lugar de nacimiento variados. La mayoría de ellos es relativa-

mente desconocida incluso para los historiadores y, aunque todos participaron de forma muy activa en la política revolucionaria, ninguno, a excepción de los Adam, ocupó un cargo político de relieve.⁹

Un segundo planteamiento a la hora de estudiar el mundo revolucionario consiste en el examen de las prácticas propias de la vida social y colectiva, desde las multitudes que poblaban las calles hasta los cafés, los teatros y las sociedades, pasando por las redes de quienes mantenían correspondencia o las comunidades religiosas. Todos estos colectivos revistieron una importancia decisiva en el proceso de organización política. Varios de ellos, como los tertulianos de los cafés, los miembros de las sociedades políticas o la muchedumbre urbana, han recibido desde hace mucho el reconocimiento de los historiadores en calidad de factor clave en la formación de movimientos revolucionarios. La exploración del funcionamiento de tales comunidades y las reglas, en su mayoría no escritas, por las que se constituyeron y gobernaron nos ofrece atisbos de cosmovisiones compartidas y nos deja ver cómo cambiaron. La percepción de las variaciones locales que se verifican en prácticas ampliamente comunes —las multitudes de Boston o Cuzco, por ejemplo, presentaban un aspecto diferente del de una de París— hace posible establecer comparaciones y contrastes en diversos puntos del Atlántico.

Empleo elementos de la cultura literaria, visual, musical y material como una tercera vía de observación del cambio sociopolítico. Las artes fueron motores de la política revolucionaria en los siglos XVIII y XIX: los patriotas produjeron en abundancia impresos, canciones, prendas de vestir y demás accesorios, así como toda clase de utensilios con mensajes políticos estampados. Más reveladoras aún pueden resultar las creaciones que carecían de una intención política manifiesta. Los artistas y artesanos han observado siempre muy de cerca los cambios experimentados por el mundo que los rodea y po-

seen una gran capacidad para generalizar. Las artes proyectan una imagen del mundo mediante la lente de refracción de las convenciones propias de un medio concreto, por lo que no podemos pretender trazar una línea recta que vaya desde sus manifestaciones hasta la realidad vivida. Sin embargo, analizando con la debida atención sus propiedades formales y su contexto social, las creaciones de los artistas constituyen uno de los instrumentos más sensibles de que disponemos para detectar las vibraciones de una transformación sísmica en desarrollo en el plano político o social.¹⁰

De esta historia generacional de las revoluciones atlánticas se desprenden tres nociones principales que quizá sirvan también de lección para el presente. Una es, sin más, que no deberíamos esperar que los cambios políticos radicales se produzcan con rapidez. Desde hace mucho, al hablar de revolución, se tiende a centrar la atención en puntos de inflexión y transformaciones espectaculares que supuestamente se presentan bien delimitados. El instinto que nos lleva a subrayar estos momentos decisivos no ha hecho más que agudizarse con la conquista digital de los últimos treinta años, que ha llevado a acortar los períodos de concentración y ha brindado no poca autoridad a la idea utópica de que la tecnología puede cambiarlo «todo» de la noche a la mañana. La creencia en esta quimera de la revolución instantánea posee consecuencias significativas, y entre ellas quizá la más perjudicial sea la potencial pérdida de fe en la posibilidad de cambio si la transformación no se produce con la rapidez esperada.

La historia de la era revolucionaria atlántica que aquí expongo hace pensar en un modo diferente de concebir el cambio revolucionario. No cabe dudar de que las revueltas del siglo XVIII y principios del XIX propiciaron en ocasiones cambios políticos rápidos y hasta abruptos. La abolición de los privilegios la noche del 4 de agosto de 1789 durante la Re-

volución francesa y la Declaración de Independencia de Estados Unidos el 4 de julio de 1776 son ejemplos clásicos. Con todo, normalmente hizo falta mucho tiempo para que se llevase a término un cambio profundo y duradero, que fue precisamente lo que hizo de la era de las revoluciones atlánticas una etapa tan importante. Gran parte de Norteamérica decidió, durante seis meses a principios de 1776, abandonar el Imperio británico; pero hicieron falta siete años para que Gran Bretaña reconociera la escisión y varias décadas antes de que la nación recién creada pudiera sentirse segura. Por impresionantes que fueran las renovaciones que introdujo la Asamblea Nacional francesa en su declaración del 4 de agosto, los efectos del final del «feudalismo» no se sintieron de forma plena hasta años después.¹¹

Una segunda implicación de la tesis de este libro es que los académicos necesitan replantearse el lugar especial que otorgamos a la Revolución estadounidense y francesa en la historia de la política moderna. A menudo se celebran ambas por haber inventado el modelo de la nación-Estado estable, democrática y republicana que domina nuestro mundo. Conforme a esta interpretación, la independencia hispanoamericana y la Revolución haitiana formaron parte de una segunda ola «sudatlántica», más autocrática y menos estable.¹² Este argumento resulta difícil de sostener dentro del marco generacional, más amplio, que propongo en las páginas que siguen para la era revolucionaria. Existen, desde luego, diferencias entre las revoluciones atlánticas meridionales y las septentrionales; pero más llamativo es el patrón de cambio que comparten ambas regiones. Las revoluciones anteriores a 1800 eran radicales en cuanto a su visión, pero estuvieron limitadas por el peso de las culturas del antiguo régimen. Las coaliciones revolucionarias de este período, incluidas las de Francia y Norteamérica, fueron frágiles e inestables. Fueron los movimientos revolucionarios posteriores a 1800, impulsados por una gene-

ración nueva dotada de una visión social más flexible, los que consolidaron los logros alcanzados durante la primera fase, si bien con inclinaciones claramente antiliberales.

En tercer lugar, el presente libro ofrece una historia de la era de las revoluciones que huye del «excepcionalismo», postura que concede una importancia única o un poder transformador singular a una sola de las revoluciones del período y que ha acompañado sin descanso a la historiografía revolucionaria desde sus comienzos. Desde el siglo XIX hasta finales del XX, los planteamientos excepcionalistas solían ser positivos. Los historiadores de la Revolución francesa aseveraban que la «suya» era, en palabras de uno de los más destacados de ellos, la única «real» del siglo XVIII. Los de la Revolución estadounidense, por su parte, no se han mostrado menos propensos a defender la condición central de su revolución en «la larga marcha de la historia del mundo». En los últimos tiempos, se ha dado una corriente sorprendentemente amplia de excepcionalismo negativo de la Revolución estadounidense. Los estudios que la conforman, que representan una rectificación importante frente a las hagiografías que habían circulado sin que nadie las cuestionara durante demasiado tiempo, conciben la fundación de Estados Unidos como única en un sentido negativo al considerarla peculiarmente teñida por el vínculo del movimiento de los patriotas con la esclavitud y el racismo.¹³

La perspectiva generacional debería llevarnos a poner en tela de juicio toda versión excepcionalista de la era revolucionaria. Los revolucionarios de finales del siglo XVIII y principios del XIX luchaban, sin lugar a dudas, para crear un mundo nuevo. Sin embargo, para concretar las ideas revolucionarias, para darles realidad, tenían que ocuparse de menesteres cotidianos: manifestarse, escribir, rezar, comer... El inevitable entrelazamiento de la teoría y la práctica, de la idea y la realidad, comportó que, allí donde prendió la llama de la revolución durante aquellos sesenta años, en el cuerpo de la nueva políti-

ca siguieran adivinándose las formas espectrales de los usos antiguos. La Revolución estadounidense se vio, desde luego, perseguida por los fantasmas de la esclavitud y los prejuicios raciales. Cada una de las revoluciones de la era estuvo eclipsada por su propio antiguo régimen, por los hábitos de sus protagonistas y sus formas de ver el mundo. Tal tensión sigue siendo tangible y quizá irresoluble, como una eterna fisura abierta en los cimientos de las revoluciones atlánticas, los mismos que sostienen hoy nuestro mundo político.

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
---------------------------	----

PRIMERA PARTE

EL PESO DEL ANTIGUO RÉGIMEN (1760-1783)

1. Un mundo jerárquico	35
2. La primera crisis imperial	55
3. La Revolución estadounidense	81
4. Las revoluciones andinas	107

SEGUNDA PARTE

REVOLUCIONES RESTRINGIDAS (1778-1798)

5. Noticias de la guerra	139
6. Revoluciones de arriba abajo	159
7. La revolución comienza en París	187
8. Política de masas y sociedades	217
9. Ataque a la esclavitud	243

TERCERA PARTE

MOVIMIENTOS Y CULTURAS DE MASAS (1795-1815)

10. Ruina y reconstrucción	273
11. Los límites del republicanismo	291
12. Emerge un nuevo orden social	329
13. El Estado haitiano	353
14. Transformación cultural	375

CUARTA PARTE

REVOLUCIÓN TRIUNFAL Y FRACASADA (1805-1825)

15. Los mundos que creó Napoleón	397
16. Los viajes de Louis-Augustin Bosc	433
17. Cortapisa a las revoluciones	451
18. Constituciones promulgadas	475
19. La nación en armas	499
<i>Conclusión</i>	523
<i>Agradecimientos</i>	531
<i>Abreviaciones</i>	535
<i>Notas</i>	539
<i>Índice alfabético</i>	623